

● ARTE

¿QUE ES UNA OBRA DE ARTE?

El autor de *Civilización*, una popular obra de divulgación de la historia del arte para la televisión, nos entrega en esta una suerte de manual para poder distinguir con criterio objetivo cuándo estamos frente a una obra de arte.

Kenneth Clark, Icaria Editorial, Barcelona, 1980, 48 pp., \$ 2.000.

NUEVA SINTESIS MUSICAL DEL SABER

Guía clara y amena, útil para estudiantes, profesionales y aficionados. En ella se encontrará la información que se busca, una orientadora jerarquización de conceptos o la enseñanza de los diversos aspectos del fascinante mundo de la música.

Kurt Pahlen, Emecé Editores, Buenos Aires, 1989, 360 pp., \$ 4.200.

● LITERATURA

INTRODUCCION A LA LITERATURA DEL SIGLO XX

Síntesis de los cursos de Literatura Universal Contemporánea dictados en España por el autor. El libro contiene conclusiones que se basan en una interpretación personal: Son una meditación literaria del siglo xx. Un capítulo está dedicado a la literatura soviética.

Vintila Horia, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1989, 385 pp., \$ 4.060.

EL CORAZON DE PIEDRA VERDE

En la trilogía que ofrece este libro el autor logra dar la imagen del choque de dos mundos y mostrar la conmoción que la conquista produjo en los corazones de España y América.

Salvador de Madariaga, Editorial Hermes, Méjico, 1988, 827 pp., \$ 5.750.

PAGINA MARINA*

TIRO DE AFLORADA

Cochravac

El submarino *O'Brien*, en entrenamiento a fines de los años treinta, navegaba lentamente dentro de su zona de ejercicios, oteando el horizonte en rebusca del blanco remolcado que habría de servirle de objetivo para efectuar su ejercicio de "tiro de aflorada", final de la campaña de entrenamiento anual. Aun cuando se tenía la certeza de que el blanco habría de cruzar la zona de ejercicios que le había sido asignada, su rebusca debería ser muy acuciosa pues debido a su poca altura y también a la corta longitud que el submarino debería emplear en su periscopio para no ser visto, la distancia del avistamiento no podría sobrepasar las cinco a siete millas.

En el "tiro de aflorada" los submarinos tipo "O" empleaban un cañón de 4,7" que iba montado sobre la cubierta, inmediatamente a proa de la torrecilla del puente; tal ejercicio calificaba acertadamente el entrenamiento y la eficiencia alcanzados por la dotación de esas naves. Este ejercicio reunía básicamente las siguientes condiciones: el ataque debería realizarse sorpresivamente, o sea, sin ser previamente avistado por el presunto adversario (el blanco de artillería y su remolcador); el ataque debería efectuarse dentro del menor tiempo posible, tiempo que se computaba desde que, navegando

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducidas de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

do el submarino a profundidad de periscopio, el comandante daba la orden de aflorar el buque, hasta cuando, ya efectuado el ataque de artillería (diez tiros con proyectiles de 120 mm) y luego de que la dotación del cañón estuviera en el interior del submarino, este retornaba a navegar sumergido a 11 metros de profundidad, que era denominada su profundidad de periscopio.

Un árbitro designado por el jefe de las fuerzas de submarinos recopilaba todos los antecedentes necesarios para efectuar posteriormente la crítica del ejercicio, crítica que tanto los Oficiales como los tripulantes de la nave esperaban expectantes, en la cual intervenían, entre otros parámetros, la eficiencia demostrada por el personal en sus puestos de sumergida, el desarrollo del contacto y la toma de posición realizada por el comandante, el resultado del análisis del tiro artillero, lo que en la jerga marinera se motejaba los “hoyos en la lona”, y el tiempo total demorado entre la orden de aflorar y el momento en que el submarino retornaba a navegar a la profundidad de periscopio una vez terminado el ataque.

La eficiencia general del personal se obtenía mediante reiterados ejercicios efectuados durante la campaña anual y, muy en especial, de los de tiro de aflorada, que aun cuando eran realizados sólo con proyectiles de ejercicio, cumplían con los mismos requerimientos que los tiros de aflorada reales.

Los submarinos tipo “O”, para los efectos del ejercicio indicado, disponían de dos escotillas: La del Central, por la cual, una vez que el comandante ordenaba: “abrir escotillas”, salían a cubierta, en este mismo orden, el Cabo señalero y el Oficial artillero que tenía a su cargo la dirección del tiro, vale decir, el espoteo del mismo, y de cuya pericia, buen ojo y buena o mala suerte habrían de depender los “hoyos en la lona”. La otra era la escotilla del cañón, que estaba en el departamento inmediatamente a proa del departamento central y por la cual, también a la orden de abrirla dada por el comandante ascendía a la torrecilla la dotación del cañón, integrada por el “culata”, que era el jefe de la pieza, el “apuntador”, el “alza”, el “ronza” y dos “cargadores”. El jefe de pieza era el primero en subir y el último en descender, una vez comprobado que en el cañón quedaba todo trincado y que la dotación completa había abandonado la torrecilla, siendo él el encargado de cerrar y de asegurar la tapa de la escotilla superior.

Desde esta escotilla se descendía por un tubo de acero hacia el interior del casco de presión del submarino, pasaje este que se clausuraba mediante una segunda escotilla con cierre de volante que se accionaba desde el interior del buque. Esta última escotilla, además del cierre de volante ya señalado, tenía un sistema de cierre de emergencia constituido por una fuerte palanca de más de un metro de longitud, la que en posición de trincada iba pegada al casco próxima a la tapa de escotilla, en la línea de crujía, palanca que al destrincarla en casos de emergencia quedaba colgando en posición vertical, lista para ser “enclachada” al eje de la tapa de escotilla; el procedimiento para el “enclache” se lograba desplazando esta palanca lateralmente hasta conectarla con el eje de la tapa de escotilla. En los zafarranchos de sumergida había un “hombre palanca de escotilla”, que en este caso lo era el Marinero Jujihara, muchacho hábil y de viva inteligencia, excelente exponente de la mezcla de la raza chilena con la japonesa. Durante los habituales ejercicios, Jujihara “enclachaba” la palanca en el eje de la escotilla y procedía a cerrarla sin mayores problemas, pero todos habíamos de comprobar, dentro de poco, que “otra cosa era con guitarra”, esto es, ejecutar esta misma maniobra cuando sobre el operador caía un chorro compacto de agua de mar, que no le permitía ni respirar ni mirar hacia arriba.

* * *

Seguimos con el *O'Brien* patrullando su zona de ejercicios en rebusca del “adversario-blanco” y tan pronto este fue avistado el comandante inició el desarrollo de su problema de ataque, asesorado por el Oficial de navegación; la dotación del cañón se colocó en posición de subir a cubrir el armamento.

El Cabo señalero se instaló al pie de la escala de la Central, listo para abrir la tapa-escotilla cuando el comandante lo ordenase; el Oficial artillero, tratando de suponer cómo habría de presentarse el blanco y atento para llevar al puente la última distancia y deflexión del adversario, rogaba en su fuero interno que esta vez el “muñequero” del comandante no obrase con demasiada tacañería en dejar “obra muerta” sobre el mar en la aflorada.

Este pensamiento rogado era debido a que existía una verdadera competencia no declarada entre los submarinos “O” para establecer nuevos *récord* en los tiempos empleados en los tiros de aflorada y para esto cada comandante tenía sus propias cábalas y sus particulares “muñequeros”; en el *O'Brien* el comandante economizaba al máximo el aire de alta presión en el soplado de los estanques de aflorada, en forma tal que el Oficial artillero, al subir al puente, cada vez encontraba menos casco aflorado, pareciéndole que las islas que formaban las torrecillas del puente y del cañón

encontraban en superficie deberían actuar muy rápido para descender al interior del buque, pues tan pronto el cañón iniciaba su ronza para tomar la posición de trincado el comandante comenzaba su “muñequero” inundando los estanques.

Cabe señalar que el Oficial piloto, que actuaba como Oficial de control de ataque y que, para los efectos del tiro de a florada, desarrollaba de *motu proprio* las actividades de inteligencia para tratar de apreciar el estado de preparación alcanzado por la competencia, había sibilamente comentado al comandante que en el “correo de proa” se comentaba que el submarino *Thompson* había obtenido un tiempo, en el tiro de a florada, 45 segundos menor que el mejor logrado hasta la fecha por el *O'Brien*, dato que requería los mayores esfuerzos para superarlo.

Así las cosas, se escucharon las órdenes de “sopla estanques uno, cuatro y cinco”, “arriba el buque”, “timones de a florada”, “bueno el soplado de los lastres principales”, “blanco al rojo 110”, “distancia 1.700 metros”, “velocidad del blanco cinco nudos”. Tan pronto como por observación del periscopio como del reloj de profundidad se constató que el buque había a florado, el comandante ordenó abrir escotillas, cubrir la artillería y romper el fuego cuando fuese posible.

El señalero abrió la escotilla del Central y trepó por la escalera de la torrecilla, con el Oficial artillero pegado a sus talones, abrió la escotilla del puente y dejó paso libre al Oficial que lo seguía; el “Cabo de cañón”, a su vez, abrió la escotilla superior de la torrecilla y colocó su gancho de retención para mantenerla abierta; la dotación del cañón subió pegada a su jefe de pieza e inició de inmediato la maniobra de destrincar y ronzar el cañón hacia el blanco.

El Oficial artillero, aun cuando toda su atención estaba dedicada a observar la dotación del cañón que cumplía las prescripciones del alistamiento de la pieza, no pudo menos que percatarse que esta vez la parte del casco a florada era realmente poca y que el “Cabo de cañón”, de apellido Vergara, precavidamente procedió a cerrar la tapa escotilla superior de su torrecilla para evitar la posible entrada de agua por alguna ola de mayor altura.

—Distancia al enemigo 1-7-0-0; deflexión, derecha cinco; bala de fierro, carga reducida— ordenó el Oficial artillero. El hombre “alza” repitió en alta voz los datos de distancia y deflexión, los colocó en el alza y avisó “Isto”; el jefe de pieza ordenó cargar; el apuntador y el ronza comunicaron “blanco” y el jefe de pieza “cañón cargado y al seguro”. El Oficial artillero ordenó romper el fuego; el jefe de pieza dio la orden de fuego y tiró de la rabiza del percutor y el cañón, cuya boca apuntaba en dirección al rojo 110° (en posición muy próxima a la torrecilla del puente, lugar en que el Oficial artillero se aferraba a sus prismáticos para espotear el tiro), emitió una humareda ocre-amarillenta que junto con el estampido se llevó al agua la gorra del Oficial. Luego, este dijo: —tiro corto y a la derecha; distancia más cuatro; izquierda dos; fuego; tiro largo, centrado; menos dos, salvos rápidas...— A estas alturas ya nadie se preocupaba de ninguna otra cosa que no fuese el tiro y el Oficial artillero nunca pudo precisar cuál de ellos fue el que le dejó un zumbido permanente en su oído derecho, aun cuando posiblemente cada uno de los diez tiros tuvo algo que ver en el asunto.

—Décimo tiro disparado— comunicó el “culata”; —alto el fuego— ordenó el Oficial artillero, y a continuación —cañón en línea de crujía, trincar. Tan pronto el jefe de pieza verificó que el cañón había sido trincado ordenó a su personal aclarar cubierta e ingresar al submarino; el Oficial artillero inició también su descenso desde el puente, seguido por el Cabo señalero; este era el encargado de cerrar la tapa escotilla superior, lo que hizo justamente en el momento en que la cresta de una ola, al reventar, salpicó agua hacia el interior. El Oficial artillero, mojado por el chaparrón, descendía por la escala del departamento central y al entrar a este de golpe se enfrentó con un espectáculo impensado: por la escotilla de la torrecilla del cañón entraba un torrente de agua que, aunque seguramente no era compacto, al menos así lo parecía debido a que el agua escurría alrededor de todo el contorno de la escotilla; el Marinero Jujihara, bajo el chorro de agua, inútilmente trataba de “enclachar” su palanca de emergencia para cerrar desde dentro la tapa-escotilla; todavía descendía personal de la dotación del cañón a través del agua, aunque la palabra descender no era la adecuada en este caso, pues en realidad caían al piso como brevas maduras; el comandante daba las órdenes de —soplar lastres principales, toda fuerza los motores, timones de a florada, arriba el buque.

Aun cuando todo esto debió suceder dentro de un plazo relativamente corto ya que nadie se preocupó de cronometrar esta operación, ni siquiera el árbitro encargado de analizarla, a todos pareció que no terminaría nunca de caer agua; sin embargo, de pronto, la tromba de agua se interrumpió bruscamente y al mismo tiempo Jujihara comunicó que la tapa escotilla superior había sido cerrada desde el exterior y que el Cabo Vergara había quedado en cubierta.

En el departamento central el comandante comunicó que el buque había terminado de bajar, que iniciaba el ascenso y que, por tanto, había terminado la emergencia.

Pero entonces se inició una segunda emergencia, la de recuperar al Cabo Vergara. ¿Qué podría haberle sucedido? ¿Se lo habría llevado el mar? El Cabo señalero y el Oficial artillero estuvieron nuevamente al pie de la escala del Central, listo para abrir la tapa escotilla superior en cuanto fuese así ordenado y subir de inmediato al puente para tratar de ubicar al jefe de pieza.

Tan pronto recibieron la orden pertinente, los nombrados abrieron la tapa escotilla y subieron al puente, sin encontrar allí a persona alguna; de inmediato iniciaron una rebusca visual en las aguas próximas hacia popa, con resultados totalmente negativos; nada ni nadie se veía hacia popa; comunicaron tan desafortunada información hacia la Central y tuvieron un enorme alivio cuando desde allí se les informó que mientras ellos subían al puente, el Cabo Vergara había descendido por la escotilla del cañón hacia el interior del submarino.

¿Qué había ocurrido? Terminado el tiro y una vez que el personal de la dotación del cañón comenzó su descenso y encontrándose el buque muy poco aflorado, embarcó una gruesa ola por la escotilla del cañón, justo en el momento en que, por obra de algún “muñequero”, el casco llevaba tendencia a sumergirse; el Cabo Vergara, viendo que el submarino iniciaba la sumergida con la escotilla abierta, efectuó una apreciación instantánea pero correcta; comprendió que no alcanzaría a introducirse por la escotilla, ya casi bajo el agua, y luego cerrarla, así es que resolvió quedarse arriba y cerrar con el pie la escotilla desde el exterior, para inmediatamente pasar al puente y una vez allí trepar hasta el aparataje integrado por los dos tubos soportes de los periscopios y el cuchillo “corta-redes” que los unía, estructura que le proporcionaba una relativa seguridad, en tanto el submarino no continuase sumergiéndose hasta la profundidad de periscopio. Cuando el agua cubrió el puente sólo sobresalían del agua el aparataje de los periscopios y el Cabo Vergara aferrado a él como una lapa, sin saber hasta cuándo continuaría sumergiéndose el submarino; seguramente que en el lapso de uno o dos segundos habrán pasado por su mente una variedad enorme de pensamientos que sólo él podría relatarnos, pero felizmente el submarino detuvo su descenso y de pronto inició una brusca aflorada, con gran inclinación y velocidad en aumento.

El Cabo Vergara descendió desde los periscopios a la escotilla del cañón y en cuanto le fue posible procedió a abrirla, ya que esta había quedado cerrada sólo por efectos de la presión del agua, introduciéndose por ella a toda prisa y volviendo a cerrarla, esta vez con todas las de la ley; luego descendió por el tubo hasta la tapa escotilla inferior, la que golpeó repetidamente para que le fuera abierta. Cuando Jujihara recibió autorización requerida, abrió la escotilla inferior y en ella apareció “Mi Cabo Jonás Vergara”, como no faltó el chusco que así lo denominara.

Mientras unos se dedicaban a lampacear el agua que corría por el piso del departamento de Oficiales, que fue el departamento siniestrado, y otros daban término a la maniobra de aflorada soplando y achicando estanques, la guardia de mar cubrió sus puestos de navegación para dirigirse a puerto. Al Comodoro de la División de Submarinos se le transmitió, en clave convenida, uno o dos grupos de código que escuetamente comunicaban: “Ejercicio terminado sin novedad. Me dirijo a puerto”. Y así era efectivamente, pues una vez efectuado el ejercicio el submarino había aflorado y se dirigía a su base, al igual que siempre; lo novedoso hubiese sido no haber podido aflorar, circunstancia en que difícilmente se habría podido informar al mando.

Algunos Oficiales de franco “conversaban” una tacita de café en la cámara de Oficiales y todos ellos estuvieron de acuerdo en que sentían un extraño acalambramiento en los muslos, como si hubiesen trotado toda la mañana; concordaron también en que ese día debiera suspenderse el resto de los ejercicios programados, pues al parecer era uno de aquellos días aciagos con que suelen amenazar las gitanas a los “managuas” cuando estos les regatean los tragos.

Mientras tanto, el “timonel de profundidad”, que aún continuaba en su asiento sacando brillo a la pulida y hermosa rueda de los hidroplanos de popa, murmuraba por lo bajo: —“Buenos son el muñequero y el cilantro, pero no tanto!

